

Trabajo final

Relatos contemporáneos de mujeres en la experiencia y la práctica de la libertad

Alumna: Ana María Velázquez Anderson
Tutora: Carmen Yago Alonso

“Una mujer comienza a vivir por entero cuando, despertando, descubre la libertad femenina y empieza a traerla al mundo, a sentirse libre en y ante su mundo. La realidad toma entonces otro color y tiene otro atractivo, de menos peso, menos gravedad y más sabor, compañía, placer y esperanza. Porque la noción de libertad femenina transforma lo que toca, realizándolo, o sea, abriéndolo a su ser posible e imposible y curándolo de las quebras derivadas del miedo a la insignificancia, un miedo que acompaña fielmente a la equiparación de las mujeres a los hombres padecida en Occidente desde que Occidente existe como cultura”.

María Milagros Rivera Garretas

Signos de Libertad Femenina. (En diálogo con la historia y la política masculina)

Llegó el momento de hacer el trabajo final. Una época especial de cierre y finitud que se presenta con la fuerza de finales de tiempos y, por lo tanto, de cosecha. Surge en mí el deseo de hacer este trabajo desde mi reflexión sobre lo que he aprendido acerca de la libertad y también desde el disfrute de mi único arte, como es la escritura. Sumado a la escucha, ese otro arte que la profesora Carmen Yago planteó como método importantísimo de relación y, por tanto, de política de mujeres, me propongo entretener un relato amplio que muestre los diferentes aspectos que conforman la libertad en las mujeres.

En este trabajo abordaré el tema de la libertad a partir de mí misma y de mi propia experiencia, de cómo se dio en mí. Además de escuchar a otras mujeres venezolanas, o extranjeras que viven en Venezuela, de diferentes edades y profesiones, unidas a mí por amistad o por compartir intereses en los difíciles tiempos en que vivimos.

Para comenzar diré que, a partir de mis estudios de posgrado en Duoda, he comprendido que mi libertad fue una toma de conciencia. Una “autoconciencia”, como la denominó Carla Lonzi, una “toma de conciencia, deseo de ser libre y voluntad de existir”. (Lonzi, No creas tener derechos, 2004)

Mi libertad partió de mí, me aconteció, no me fue concedida por leyes ni reglamentos, fue tomando forma desde mi propio deseo de ser libre.

Mi relato es una reflexión acerca de lo que he vivido como experiencia de libertad y, también, de mi convencimiento de que la libertad de las mujeres existe, es posible y está al alcance de aquella que se atreva a experimentarla. No es una búsqueda, ni una lucha igualitaria, como la entendió Simone de Beauvoir en un momento en el que, de acuerdo a Luisa Muraro, sólo estaba planteada “la vía de la emancipación y de la igualdad con los hombres”. (Muraro, La verdad de las mujeres, 2010)

La libertad está ligada a la diferencia sexual de ser mujer. Es el sentido y significado que otorgo a mi ser mujer lo que me hace experimentar la libertad y es política de mujeres, la verdadera política y no la antipolítica de los varones. Luisa Muraro lo plantea de esta manera: “Sabemos que la diferencia femenina se ha demostrado más fuerte que el patriarcado, que intentaba subordinar completamente a las mujeres a su orden simbólico. La prueba de ello está en el hecho de que hoy en día, con la invención de la práctica política de las mujeres, podemos hacer de la diferencia femenina la vía regia de nuestra libertad”. (Muraro, La verdad de las mujeres, 2010)

Entonces, para hablar de libertad femenina, es necesario incluir los siguientes aspectos, sobre los que haré mis comentarios:

1. La experiencia de ser libre
2. Conflicto y libertad en el orden simbólico de la madre
3. La práctica de la “libertad con”
4. Ni neutra ni igualitaria: la libertad es sexuada

Introducción

El tema de la libertad femenina es uno de los grandes temas recurrentes en la genealogía de las mujeres. Del pasado surgen grandes relatos, grandes historias de mujeres llenas de humanidad, importantes para transformar nuestra visión del mundo.

Por años, lejos de teorizar sobre la búsqueda de libertad, las mujeres que nos precedieron, las beguinas y las albigenses, Cristina de Pizán, Hildegarda von Bingen, Artemisia Gentileschi, Margarita Porete, Las Preciosas, las hermanas Brontë, Emily Dickinson, María Zambrano, Simone Weil, Hanna Arendt, Virginia Woolf, Luisa Muraro, han interpretado la libertad como experiencia. “En resumen, no hay libertad sin experiencia”. (Muraro, Enseñar la libertad, 2004)

Estas mujeres la entendieron como un “vivir” fértil, creativo y relacional, apoyándose unas en otras y creando vínculos para “dar a luz” lo nuevo, lo que no existía, en vez de entenderla como una lucha asimétrica contra el poder patriarcal. Y, lo más importante: dejaron esa experiencia para nosotras, experiencia que conforma una genealogía femenina de libertad. No significa que está ahí para ser leída, para ser analizada, sin más consecuencias. La experiencia de libertad de estas mujeres que nos precedieron nos garantiza a las generaciones actuales que la libertad femenina ha existido y tiene sentido.

Al reconocer esta genealogía, desplacé la mirada desde la mujer víctima del pasado, tan idealizada por el feminismo de la igualdad, a la mujer fértil, creativa, a la mujer que supo abrir espacios a la libertad sin enfrascarse en un combate contra las ideas de los hombres. Rechazando sí el patriarcado, cuestionando sus prácticas, pero no dispuestas a establecer con este un diálogo víctima-victimario. En ese diálogo desigual habría un reconocimiento intrínseco a la superioridad del otro, del poder aplastante del patriarcado, hecho que desmiente la vivencia de muchas mujeres de la Historia que supieron

experimentar su libertad a partir de la concepción de espacios de creación y de relación propios.

Esta genealogía es importante que las mujeres de hoy en día la conozcamos, en especial en estos tiempos de cambio y de transformación profunda que se están dando en las sociedades actuales por la crisis del poder pospatriarcal y de la política de los hombres, una antipolítica no basada en el reconocimiento de la alteridad, ni en la práctica de la relación, y en el resurgimiento de viejas prácticas totalitarias que excluyen la posibilidad de la libertad de las mujeres, como ocurría antes de la revolución feminista.

“No sé si hoy hay autonomía simbólica de las mujeres – seguía diciendo Lía Cigarini en la entrevista citada de 2009 –, pero pienso que muchas mujeres y algunos hombres tienen hoy deseo de un simbólico vivo; es decir, de que el sentido de la propia vida en común con otras y otros esté siempre vinculado con la experiencia de la relación. Una experiencia política de la que los hombres – me parece a mí – no pueden prescindir para llegar a aceptar su parcialidad simbólica”. (Rivera Garretas, Signos de libertad femenina. (En diálogo con la historia y la política masculinas), 2012)

Desde la infancia, la niña que se va a hacer mujer, tiene un deseo y una idea de lo que es ser libre. Ese deseo y esa idea pueden convertirse en un impulso para vivir su vida a plenitud, en libertad y en relación, o puede convertirse en una fuente de frustración, de lucha contra el poder patriarcal, o de dolor en la supuesta “adaptación” a un orden simbólico que no le corresponde, masculino, que la lleva a un vivir estéril, sin sentido, sin verdad.

De ahí que sea muy importante que ese deseo de la infancia, que esa visión femenina de lo que es el mundo, que pasa por la mediación de la madre, primera maestra y gran generadora de simbólico, se transforme en fertilidad, en alegría de estar vivas, aceptando nuestra diferencia sexual que es la que nos permite hacer nichos, abrir espacios para la práctica de la libertad.

En este trabajo indagaré sobre cuatro aspectos que, a mi entender, constituyen piedras angulares para la libertad femenina: La experiencia de ser libre, que uniré a Conflicto y libertad en el orden simbólico de la madre; La práctica de la “libertad con”, y la sexuación de la libertad bajo el título, Ni neutra ni igualitaria: la libertad es sexuada. Me basaré en mi propio relato acerca de mi experiencia y práctica de libertad y en las entrevistas que realizaré a mujeres contemporáneas sobre el mismo tema, mediante la práctica del método de la escucha, a partir de un cuestionario que he diseñado.

Mi experiencia de Libertad y Conflicto y libertad en el orden simbólico de la madre

Nací mujer, de una mujer, hecho que marca mi diferencia. Mi madre tenía mucha carencia afectiva. Se convirtió muy pronto en una madre patriarcal. Se “adaptó” al mundo del poder masculino, dejando de lado su libertad femenina que se manifestaba, sobre todo, en el ejercicio de la militancia política y en el arte. Antes de casarse, a finales de la década de los años cincuenta, era dibujante y había trabajado como aprendiz en importantes proyectos de arquitectura, inclusive junto al renombrado arquitecto Carlos Raúl Villanueva¹ y su equipo, en el diseño de la nueva sede de la Universidad Central de Venezuela. Eran los tiempos en que Caracas se transformaba y entraba a la modernidad a través de la arquitectura y de la construcción de edificios de vanguardia que fueron borrando, paulatinamente, la antigua fachada colonial de la ciudad.

Miro una foto de mi madre, muy joven, antes de casarse con mi padre. Era rubia y delgada, más alta que la mayoría de las amigas con las que posaba, iba vestida con pantalones tubo, zapatillas planas y un suéter sobre una blusa blanca cuyo cuello asomaba. El cabello lo llevaba recogido en una apretada cola y eso hacía destacar sus facciones limpias. Parecía una mujer extranjera y, decir eso en mi país, equivale a decir una mujer de alta clase. Mas, mis abuelos maternos no eran personas adineradas, al contrario. Todos sus hijos tuvieron que comenzar a trabajar desde muy jóvenes para ayudar con los gastos del hogar. A pesar del gran cuidado que los abuelos ponían en mantener las costumbres, sobre todo para la época decembrina, cuando hacían un inmenso Nacimiento (Pesebre) que ocupaba la mitad del corredor, mamá no venía de una familia tan tradicional que impidiera, o viera con malos ojos, la incorporación temprana de las hijas al trabajo remunerado. Era una familia quizás estricta en sus costumbres, pero abierta a las elecciones laborales y a la autonomía, en este sentido, de las hijas.

Eso es lo que percibí o intuí en la foto: parecía una mujer libre, una muchacha “moderna”, como diría ella misma, que iba a una oficina a diario, se vestía a la moda, conocía los bailes y las diversiones de cualquier chica de su edad y participaba del sueño de modernidad de una época en Venezuela que pretendía acabar con un viejo orden, paradójicamente, porque eran los tiempos de la dictadura militar.

Había grandes fiestas importantes a las que mamá asistía con su hermano mayor y su mejor amiga, fiestas que terminaban al amanecer, a la orilla del mar con un grupo de chicos y chicas disfrutando de la delicia de las aguas caribeñas, tan frescas en las mañanas. De esas salidas ella me habló después con mucha nostalgia. Por esas conversaciones supe dos cosas que me asombraron: 1) que admiró profundamente la revolución cubana y hasta inclusive participó en envío de productos alimenticios y medicinas y en marchas de apoyo a los combatientes de Sierra Maestra, Fidel Castro, el Ché Guevara, Camilo Cienfuegos, ya a la caída de la dictadura venezolana y el inicio de la democracia que trajo libertad política a

¹ (Londres, 1900 - Caracas, Venezuela, 1975) es considerado el más importante arquitecto venezolano del siglo XX, pionero, máximo exponente e impulsor de la arquitectura de la modernidad. Una de sus obras más importantes fue la ciudad universitaria, en Plaza Venezuela, declarada por la Unesco Patrimonio de la Humanidad, en 2000.

mi país; 2) que había habido un novio desautorizado antes de casarse con mi padre, un estudiante de medicina a quien mis abuelos nunca aceptaron.

Aquella mujer de la foto era otra mujer que no llegué a conocer.

La madre que conocí estaba llena de tradiciones, costumbres, normas. Conmigo no hablaba de sus primeros días de matrimonio con mi padre. Percibí una fuerte frustración, una ruptura con su autoafirmación y una sumisión, quizás no comprendida del todo por ella, al poder patriarcal, que era, en su tiempo, el que dictaba las normas de conducta y permitía o no la libertad de la mujer.

Mi madre era muy dada a las costumbres, a las celebraciones, en las que se esmeraba preparando grandes comilonas para su familia de origen, padres y hermanos, sobrinos, tíos, que la dejaban agotada y de muy mal humor. Se convirtió en una mujer estricta en su forma de vestir y de actuar, impuso normas a sus hijas, nos prohibió muchas cosas. Aquellas historias de fiestas de su primera juventud no encajaron nunca con todas las prohibiciones que nos impuso a mí y a mis hermanas. Llegada la edad de las salidas juveniles, de los grupos para ir a la playa, de las fiestas, mi madre se opuso vehementemente. Era raro que otorgara un permiso para salir y, si lo hacía, ponía muchas condiciones.

María Milagros Rivera Garretas plantea que la libertad femenina nace de la contradicción entre lo que piensa la hija y lo que piensa la madre, y a mí me calza en este relato perfectamente:

Pero la matriz y la cuna de la contradicción de la que nace o puede nacer libertad es la relación entre madre e hija. Porque ésta es la relación primigenia de la vida humana, la que hace o puede hacer genealogía y cultura, la que sustenta la lengua materna, la que civiliza o puede civilizar. (Rivera Garretas, Signos de libertad femenina. (En diálogo con la historia y la política masculinas), 2012)

Yo veo dos clases de contradicción a partir de las palabras de la autora: 1) la no libertad de la madre, según la hija; 2) la no libertad de la hija, según la madre. En mi adolescencia, tiempo de gran rebeldía de mi parte, comprobé la falta de libertad de mi madre y tomé conciencia de que ella no podía enseñarme más y mi deseo me impulsaba a seguir aprendiendo. Necesitaba la experiencia con otras personas, a pesar de que internamente sabía que ese deseo me llevaría a entrar en conflicto con mi madre. No anhelaba ser como ella. La quería profundamente, con ese amor de hija que ve en su madre la suma de todas las fortalezas, el origen y principio de todas las cosas, pero quería experimentar mi propia vida, seguir el rumbo de mi propio deseo femenino.

Por su parte, mi madre se alarmó ante mi defensa de mi libertad, defensa que se afianzó con todo el caos de la adolescencia. Pensó que yo me estaba condenando a una vida absurda, que la escritura y la literatura nada tenían que ver conmigo y que mi rechazo a estudiar una carrera profesional de las que ella admiraba, administración, contaduría,

abogacía, que era la profesión de mi padre, me condenaría a una vida fuera de los centros de poder masculinos y, por lo tanto, según ella, a una vida miserable.

Siguiendo con el texto de María Milagros Rivera Garretas, la búsqueda de libertad de la hija no la lleva a la ruptura con su madre sino a estados alternos de ruptura y reconciliación, puesto que la libertad es, en principio, relacional, y, la primera relación significativa de toda mujer es con la madre. Ella es la que otorga orden simbólico, la que enseña su visión del mundo y rige lo relacional por el resto de la vida porque en las relaciones con las demás mujeres se encuentra un substrato materno importante.

Eso fue lo que me pasó a mí con mi madre. A pesar de que me fui de la casa, nunca rompí el cordón umbilical, ese extraño y cuestionado cordón de plata que se convierte, para muchas mujeres, en el hilo de Ariadna, con el que entramos o salimos del laberinto a enfrentarnos con el monstruo alternativamente.

Mi casa colonial de la infancia, la casa de mis abuelos paternos, donde fui a vivir con mi familia, fue el lugar del despertar de mi libertad a través de la literatura. La lectura de autoras venezolanas y la escritura nacieron ahí espontáneamente. Yo escribía y leía mucho de niña y, además, enseñaba a mis hermanas y hermanos. Les enseñaba a hacer las tareas, pero también a hacer teatro, a crear historias, a inventar juegos. Les leía las historias que escribía y mis visiones, porque de niña, tenía muchas. El colegio de monjas, donde mi madre nos inscribió, estaba al final de la cuadra y era otra gran casona colonial con inmensos jardines. Todas las monjas venían de diversas regiones de España, de una España aún fuertemente atada al patriarcado, después de los años de la dictadura franquista. Era la educación esperada por mamá y papá, así que nadie cuestionaba nada.

Había dos mundos en paralelo que yo, como niña, intuía en conflicto. La libertad que mi madre quería para mí, era la libertad masculina. Quería que yo estudiara la misma carrera que mi padre para garantizarme la independencia del varón, a costa de yo misma convertirme en lo que no quería ser. Quizás ella hablaba en sentido alegórico, o quizás tuviera mucho miedo a que yo sufriera marginación, quizás no entendía el mundo tanto como a mí me hubiera gustado. Reflexiono, pienso. Hacerla cargar con una culpa que, de pronto, no era más que falta de experimentar ella misma su libertad, me parece, ahora, injusto.

Me casé muy joven, contraviniendo el deseo materno de que me convirtiera en una mujer de carrera. Sin embargo, continué estudiando y fui madre muy joven, mientras estudiaba. Sin darme cuenta, entré en la misma contradicción de mi madre: estudié una carrera tradicional, cuando lo que quería era estudiar Literatura y escribir. Fui en contra de mi deseo, sólo por mantener el status quo, por ser leal a mi madre y creer, firmemente, que ella no estaba equivocada, cuando en realidad lo que yo hacía era alejarme de mí misma.

Sin duda, es importante saber que “la reflexión sobre la libertad nos lleva también a la no-libertad, no en relación dialéctica sino como parte integrante de la experiencia”. (Muraro, Enseñar la libertad, 2004)

Me encontré entonces en la no-libertad. La no-libertad también es experiencia. En la no-libertad hay sometimiento, sumisión, pero también hay conocimiento de “lo otro”,

aquello que está alejado de una y que no me define, pero que una tiene que vivir. Hay en esta experiencia un saber que pudo, como fue mi caso, convertirse en herramienta útil para comprender otras partes del hecho existencial, ajenas a mí, pero también valiosas. O no del todo ajenas sino irreconocidas, negadas.

Un día, las monjas se dieron cuenta de mis visiones y citaron a mi madre. Había una Misa muy larga para la que habían pedido a las niñas que ayunáramos por más de doce horas. En plena Misa, cansada y débil, vi a los ángeles del altar y a la misma Virgen María ponerse de color plata, brillar con un brillo que enceguecía y, luego, moverse y venir hacia mí, hablándome en una lengua que no entendía. Me desmayé. Vinieron reuniones, interrogatorios. Dije lo que veía. Lo que me ocurría a menudo.

Las buenas hermanas le pidieron a mi madre que me entregara al servicio al Señor, es decir, que me convirtiera en monja porque yo “había sido llamada” al servicio. Creo que fue una de las pocas veces que mi madre defendió mi libertad y se negó. Dijo que esa decisión la tomaría yo en su momento, cuando creciera y supiera discernir. Sin embargo, tomó mal el asunto porque, desde entonces, comenzó una campaña contra mis visiones diciéndome que eran malas y que en realidad no existían, que todo era producto de mi gran imaginación. Así que ese otro aspecto de no-libertad me enseñó a que no siempre todo lo que venía de mí era bienvenido y que mis visiones podían manifestarse en otras formas como en la escritura, por ejemplo.

He hecho mucha terapia por el asunto de mi sensibilidad, casi siempre terapias basadas en mis visiones, en mis sueños. El terapeuta que más me ayudó a comprender y aceptarlos, también mi diferencia femenina, fue un terapeuta junguiano, Luis, mayor, sabio, no patriarcal, ferviente admirador de la capacidad creativa de las mujeres. También hice terapia con Lucía, una terapeuta gestalt, con la que hablaba como con una amiga, también una mujer mayor, que mezclaba la terapia con la empatía y la amistad. Uno me urgió a volver a mi escritura, que había dejado de lado por no encontrarles sentido en un mundo tan marcado por la economía y la política. La otra me enseñó a no tener miedo a publicar, a exponerme a la crítica.

La práctica de la libertad

La libertad ocurre en mí, viene a mi encuentro, cada vez que yo entro en relación. La libertad es relación porque en la relación hay vínculo, intercambio y medida. (Cigarini, Libertad femenina y norma, 1995)

La libertad femenina no es la libertad individualista, propia de la sociedad de consumo, a la que le conviene más el ser humano solitario, ávido de relación. Lía Cigarini (1995) afirmó que la libertad nace en relación y es un hecho político, es política de las mujeres. La política de las mujeres es aquella que se basa en lo relacional, va al encuentro de la otra, del otro, permitiendo que esa otra y ese otro “se dé”, como una vez la madre se dio a una.

Es en la adolescencia cuando siento con más fuerza la necesidad de autonomía y de establecer un diálogo con la libertad. Me marché del hogar, pero no muy lejos. Me fui a vivir con mi abuela materna, una bella mujer de ojos verdes y cara de ángel, que “me sabía llevar”, como decía ella, con mucha mano izquierda. Con mi abuela, esa otra madre, “la mamá grande”, me sentía tranquila y en paz. Su casa era un remanso de helechos en el patio, de orquídeas, de comidas muy sabrosas y de mucho cariño y tolerancia. Vino el amor y me casé a los diecinueve años y salí, para siempre, del círculo mágico de mi abuela. Me fui a vivir a la ciudad de Mérida porque quería estudiar en la Universidad de los Andes. Al año siguiente, regresando de clases, me esperaba un telegrama doloroso: abuela había muerto. Corrí a su lado para verla por última vez, pero no llegué a tiempo: apenas llegué a Caracas la acababan de enterrar.

Debo decir que di a luz a mi hijo mayor, pero no a mi libertad. Por muchos años me sometí al dictamen de la familia y de la sociedad machista en la que he vivido casi siempre en Venezuela, excepto por los cuatro años que viví en los Estados Unidos. Cuando murió mi madre, a los pocos años de morir mi abuela, mi familia nuclear se separó. Cada hermana y hermano se fue por su lado y mi padre se volvió a casar por la egoísta razón de que necesitaba a alguien que lo cuidara. Así que hizo un matrimonio muy malo, que le causó muchos problemas y terminó de escindir a la familia.

Durante todos esos años, hasta que ocurre mi divorcio a los veintiocho años, mi libertad estuvo sólo en mi mente, agazapada, esperando otra toma de conciencia. No era una verdadera libertad porque no la experimentaba, no la vivía y, sobre todo, no la vivía en relación. Mi única libertad estaba en la escritura, en aquellas historias que narraba y que gustaban a las y los demás. Ese eros que nacía en mí fue volcado en las palabras.

Un día, con mucha reticencia de mi parte, participé en uno de los concursos más prestigiosos del país, como es el concurso para ingresar a los talleres de escritura del *Celarg*, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, situado en el mismo lugar donde antiguamente estuviera la casa del autor de nuestra obra fundamental de la literatura venezolana, *Doña Bárbara*. Para mi sorpresa y alegría, fui aceptada.

Cursé un taller de narrativa por un año, bajo la tutela de un renombrado escritor de las vanguardias de los años sesenta, Eduardo Liendo, que había estado en la cárcel por ser de izquierda, y era muy amigo de todas y todos los escritores de esa generación que marcó la modernidad literaria en mi país, a quienes tuve oportunidad de conocer en el taller. Hice nuevas amigas, nuevos amigos. A los estudiantes nos unió el hecho creativo. Después de ese año, me propuse estudiar Letras (Literatura) en el horario nocturno, en la Universidad Central de Venezuela, escribir, publicar mis cuentos, mis poemas, e investigar sobre el hecho literario. Aquel inicio del taller de narrativa se convirtió en toda una actividad vital, creativa y fértil, que he mantenido hasta ahora.

Comencé a experimentar una libertad nueva, muy distinta a la rebeldía caótica y contestataria adolescente, una libertad que me alejó mucho de la política de los varones imperante en el momento y que, también, me hizo entrar en conflicto con lo que consideré injusticias en la universidad, haciéndome debatir entre las propuestas de las compañeras de

izquierda, que veían en el inminente triunfo de su candidato a la presidencia la ruptura necesaria con un orden capitalista basado en la riqueza de la renta petrolera, muy mal repartida y causante de grandes focos de corrupción, y otras compañeras que se oponían a esa ruptura brusca, con visos de comunismo tardío y totalitarismo en ciernes.

En los ataques a la universidad no vi ninguna libertad que tuviera que ver conmigo ni con mi ser mujer. La única libertad que era válida para las mujeres era la libertad amorosa, siempre y cuando fuera practicada con hombres, porque con otras mujeres era, y es, aún, tabú. Entré de nuevo en la contradicción.

María Milagros Rivera Garretas expresa muy bien ese sentimiento cuando se refiere a que Lía Cigarini no descubrió la libertad pensando intelectualmente sino intentando entender una contradicción de su propia vida:

Fue la contradicción que se dio entre mujeres que eran jóvenes en los años sesenta o setenta del siglo XX y frecuentaban los partidos políticos o los movimientos radicales de izquierda: ahí descubrimos (yo en el movimiento estudiantil de mi facultad en la Universidad de Barcelona) que la izquierda luchaba por la libertad, sí, pero que esa libertad por la que la izquierda luchaba no tenía mucho que ver conmigo, no era lo que yo anhelaba aunque no tuviera las palabras para decirlo; y ello no precisamente por una cuestión de clase social sino porque yo había elegido ser mujer, y el ser mujer, que para mí era y sigue siendo muy significativo, era siempre pasado por alto, cuando se hablaba de libertad, por esa idea individualista de libertad. Cuando esta contradicción se hizo insoportable, muchas o bastantes mujeres nos separamos de los grupos mixtos; y así nació el movimiento político de las mujeres de esos años. (Rivera Garretas, *Signos de libertad femenina*.(En diálogo con la historia y la política masculinas), 2012)

Yo había entrado en conflicto. Y ese conflicto entre la libertad individual, esa abstracción que me alejaba de la práctica, y la experiencia de libertad que yo quería vivir, me condujo al retiro y a la soledad. Creí entonces que era preferible la soledad.

Integrarme al mundo de afuera, con todas sus prerrogativas y en todas las áreas que hubiera querido, significaba separarme mucho de mí misma. Y esa escisión traía una buena carga de frustración. Las conclusiones de DEMAU, que aparecen al final de “Algunos problemas en relación a la cuestión femenina”, en *No creas tener derechos*, expresan con propiedad ese sentimiento que me embargaba:

Significa que la mujer, en primer lugar, debería abstraerse de su sexo, que debe ser y es un accidente secundario de su ser, y existir para sí, para renegar de todo aquello que, teorizado y afirmado y querido por las estructuras de una sociedad machista, a ellas las liga y las reconfirma. (Librería de mujeres de Milán, *No creas tener derechos*. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres, 2004)

En la sociedad venezolana, el machismo es muy, pero muy fuerte. De una mujer se espera que “cumpla con su rol” de madre, esposa y guardiana del hogar, aún hoy en día, o sea una prostituta. La libertad femenina, si no viene de lo laboral masculinizado, de jerarquías patriarcalistas, es mal vista. La mujer puede aspirar a ascender en la vida profesional, a escalar posiciones, a ser independiente, pero esa profesión debe ser ejercida como un varón. La mujer activa en lo social, en lo profesional, debe aprender las reglas del varón y actuar de acuerdo a ellas.

Desconozco la problemática en el resto de América Latina, pero tengo amigas feministas en Ecuador, con las que mantengo estrechos vínculos, que se quejan del mismo machismo. Ellas hacen del activismo una necesidad y se dedican de lleno a la militancia y a la acción política en las barriadas marginales, tratando de detener los embates del machismo en las mujeres que ellas ven más vulnerables, las del estrato socio-económico más bajo. Es un feminismo ligado a la ecología, a la tierra y a sus campos de cultivo, a la Pachamama ancestral, a la madre que nos da sustento y a cuyo seno retornamos al morir.

Inclusive, una de ellas vive en una “casa de barro”, en honor a esa “gran madre tierra”. Pintó las paredes de muchos colores y puso grandes ventanales de vidrio que dejan entrar mucha luz de sol, que ya de por sí es ténue y escasa en los Andes. Es una casita de barro, en donde ella hace terapias alternativas, que construyeron ella y su esposo con obreros y obreras a quienes entrenaron en la utilización correcta de los materiales y en el disfrute del trabajo con el barro.

La escritura es la gran aliada de mi libertad. Estos últimos años, a pesar de lo absorbente de mis clases en la universidad, busco, siempre que puedo, el momento de escribir. A través de ella, experimento a plenitud el despertar de conciencia. En este viaje creativo he ido encontrando mujeres literatas, escritoras, críticas, editoras, con las que me identifico y con las que entro en relación. Así, el tejido de mi vida se amplía a través de la escritura, y ya encuentro lejana e improbable la soledad, o la depresión, aunque siempre acechan, sobre todo cuando el afuera, la política, la antipolítica del poder, masculino y decadente, entra en la casa y en el trabajo y se apodera de casi todo.

Esta reflexión me ha hecho volver a pensar en mi relación con mi madre, a darme cuenta de cuántas cosas sé de ella sin que me las haya dicho, a cuánto ascendía su dolor, su escisión, pero también, su deseo de libertad y su práctica de libertad. A pesar de que ella murió hace muchos años, de no haberme acompañado en mis procesos femeninos de maternidad, de crianza, de encuentros y desencuentros de pareja, hoy, cuando preparo este trabajo, dejo de verla como una víctima. Y al desplazar mi mirada me encuentro con otros aspectos importantes de ella. No hay cuestionamiento, creo, en mi reflexión. No deseo que lo haya. Sólo una indagación del vínculo con ella, principal e importantísimo para mi práctica de libertad y para la práctica de libertad de toda mujer.

Si lo hubiere, si hay rechazo hacia ella, tendré que seguir indagando, buscando esa libertad en ella, en su creación de algunos espacios propios que le hayan permitido la experiencia de libertad. Creo que esos espacios sí se dieron, cuando ella aspiraba a un

mundo mejor y participaba en eventos y en reuniones políticas, cuando pintaba, cuando quiso que sus hijas fueran profesionales, que habláramos idiomas, que viajáramos, cuando supo mantener relaciones cercanas e importantes con tantas y tan variadas mujeres a través de toda su vida, mujeres que lloraron su muerte como si fueran sus hermanas, que nos consideran, a sus hijas, aún hoy en día, familia, que nos abren las puertas de sus casas y de sus corazones, queriendo proseguir en el tiempo la profunda relación que mantuvieron con nuestra madre.

Las tres hermanas hemos permanecido juntas desde la muerte de mamá. Mi hermana segunda, que es abogada, vive en la misma casa de mi madre. Ella mantiene también un vínculo con ella y con lo que fue la familia a través del mantenimiento y cuidado de esa casa. Allí nos reunimos cuando queremos recordarla o, simplemente, cuando llegan las fiestas navideñas.

La menor de las hermanas vive en lo que sería el garaje de mi casa, en una pequeña habitación. Lo hace por lo caro que es conseguir vivienda en Caracas y, también, para no separarnos tanto una de la otra y vivir ajenas en una ciudad que es tan violenta y fragmentada, como ésta. A través de la segunda hermana nos enteramos de todo el amor que las amigas de mi madre siguen manteniendo por nosotras, porque es a su casa a la que llaman para saber de nosotras. Ahí tuvo que haber un espacio de libertad de mi madre, en tantas relaciones fructíferas. Ella construyó un amplio mundo paralelo al de las normas, un mundo de apoyo entre mujeres, tanto de la familia, como de las amigas que fue haciendo a través de su vida, un mundo fértil y creativo donde, sin duda, hubo práctica de libertad.

Reconocerle autoridad a la madre es importante. En este aspecto le reconozco toda la autoridad posible a la mía. Ella sabía estar en el mundo femenino, sabía hacer amigas con facilidad, sabía ser empática, solidaria. Y, entonces, quizás por muchos años, este reconocimiento no se había dado en mí porque de alguna forma no estaba viendo las cosas en toda su magnitud, sino que me estaba quedando en la limitación que de alguna manera seguía viendo en ella. Es la ceguera de la hija que aún sigue siendo rebelde con la madre, buscando afirmación propia, sin darme cuenta de que ya la tengo, de que ya estoy firme en mi mundo porque yo misma me di permiso y, aunque se tambalee de vez en cuando, con tantos problemas que estamos viviendo en este país, sé que no se derrumbará.

Ni neutra ni igualitaria, la libertad es sexuada

La libertad de las mujeres a la que aspiró el feminismo temprano, el feminismo de la igualdad, tenía que ver más con un asunto de justicia social que con verdadera libertad. De esas primeras luchas nació la idea igualitaria de la libertad femenina. El neutro universal

libertario instituyó la libertad femenina con un orden simbólico equivocado: el masculino. De ahí que esa libertad de las mujeres sea un sinsentido.

La verdadera libertad femenina no es otorgada por el poder patriarcal sino que corresponde a la experiencia de vivir de acuerdo a nuestra diferencia sexual. Cada vez que una mujer hace de su vida un proyecto, cuente o no con la aprobación de los hombres, o entre o no en las consideraciones legalistas de un orden igualitario, es libre.

Es libre por el hecho de abrazar su diferencia, de reconocer la autoridad de la madre y de vivir en el orden simbólico que ésta le ha otorgado. Autoridad y poder no es lo mismo. El poder es patriarcal, proviene de lo masculino y busca la sumisión y la transmisión patrilineal, mientras que la autoridad proviene de la madre, que es la que enseña, en primer lugar, a la hija, al hijo, su cosmovisión del mundo y su orden simbólico y que la ejerce, en primer lugar, sobre su prole. La autoridad es natural, el poder no.

Cuando Sor Juana Inés de la Cruz hablaba de libertad no se estaba refiriendo a la libertad concedida por el patriarcado sino a la que mana de la propia mujer y de su mediación con el mundo. Sor Juana vivía una vida conventual y establecía relaciones de confianza con otras mujeres también monjas para, juntas, crear civilidad, cultura. Cuando Virginia Woolf hablaba de “una habitación propia”, no se refería a un lugar para aislarse del patriarcado, sino a un espacio simbólico femenino de creación y fertilidad, un espacio de libertad.

María Milagros Rivera Garretas (1997) explica que la lucha por la igualdad femenina ha dado ya todo lo que podía y que ahora lo que se busca es la exploración de la libertad desde la diferencia sexual, desde el cuerpo femenino que tiene en sí la posibilidad única de ser dos y que, por lo tanto, define y conjuga toda la diferencia de ser mujer.

Prosiguendo con mi relato, debo decir que por un tiempo enfrenté el machismo en mi país desde el combate y la provocación. Crecí en un ambiente de amplitud democrática que, sin embargo, encubría muchos aspectos oscuros con respecto a la mujer. En la sociedad, y dentro de las familias, se privilegiaba al varón, llegando incluso a considerarse de más valía una mujer que diera a luz niños y no niñas. De atrás en el tiempo nos fueron quedando atavismos difíciles de romper. Sin embargo, hoy veo que también hubo una genealogía de mujeres escritoras que fueron las encargadas de ir abriendo las puertas para que, después, nosotras entráramos, sin tocar. Les reconozco autoridad y mediación, no sólo en su escritura sino en el atreverse a plantear temas muy espinosos y a vivir vidas “cuestionables”, de acuerdo a la moral imperante. Fueron escritoras avanzadas, como Teresa de la Parra, venezolana criada en una hacienda y en europa, (París, 1989- Madrid, 1936) quien, a principios del siglo XX, fuera pareja de la antropóloga cubana Lydia Cabrera (La Habana, 1899- Miami 1991) con quien vivió en España y en París. De la Parra denunció la renuncia obligada por la sociedad venezolana a la libertad femenina a favor de la necesidad de las mujeres de su época de obtener buenos matrimonios y así mantener el orden patriarcal, como lo planteó en la novela *Ifigenia* (1924); escritoras como María Calcaño (Maracaibo, 1906-1961), una autora invisibilizada por años por los gobiernos patriarcales por ser su escritura considerada “inmoral” por estar basada en el erotismo;

Elizabeth Schön (Caracas, 1921- 2007), quien dijo que “amar es dar libertad”, y creyó firmemente en sus “visiones poéticas” como principal método creativo; Lydda Franco Farías (Falcón, 1943- Maracaibo, 2004) poeta subversiva que combatió en las guerrillas y que escribió “me tocó ser mujer y no me quejo”, por citar algunas.

Estas fueron las pioneras, las que denunciaron, las que dieron la cara para mejorar las condiciones de vida de las mujeres y detener los abusos.

El arte de las mujeres es creador de nuevos órdenes. Aparece como una revelación para luego integrarse y constituir las vanguardias. Las mujeres autoras del siglo XX, por ejemplo, han contribuido a la transformación y a las vanguardias de la literatura en gran medida porque el arte de las mujeres es un arte subversivo que descoloca el orden establecido. Gracias a Virginia Woolf, María Zambrano, Emily Brontë, las escritoras podemos hoy dar forma a nuestras visiones poéticas sin entrar en conflicto. Aún más, hoy en día se acepta ya en la academia la escritura y el arte de mujeres como diferente a la escritura y el arte de los varones, aunque con cierta reticencia, sin duda.

Aún hay una lucha en muchos ámbitos para visibilizar lo que las mujeres escritoras hacemos y llamar a este arte por su nombre y apellido: literatura de mujeres. Sin embargo, tengo la dicha de poder participar de los escritos, de los textos de otras mujeres y sé que en ellos hay para mí una ganancia inmensa. Es parte de mi práctica de libertad. El estar en contacto con mi diferencia sexual a través de la producción escritural de otras mujeres, y la mía propia, me hace partícipe de un mundo que me alegra y me devuelve la fe. Estas escritoras son parte de mi mediación con el mundo y generadoras de simbólico.

Relatos de mujeres acerca de la libertad

A continuación presento estos relatos de mujeres de hoy ligadas al mundo de la literatura y de la psicoterapia a quienes entrevisté. Están, también, ligadas a mí por amistad, por empatía, por compartir sueños, vivencias y proyectos juntas. Mi relato y el de ellas pertenece al mismo simbólico. Escuchando a unas y a otras, saco en claro aspectos que les conciernen a ellas, pero también que me conciernen a mí. Conmigo se abren con confianza, dejándome asumir el papel de madre que escucha y, después, de voz que acompaña sus relatos en la escritura. A veces, es al contrario, ellas escuchan mi relato y los papeles se invierten.

En la lección 07, del curso “Psicología de la libertad femenina”, la profesora Carmen Yago (2012) afirmaba: “Participar de una conversación no es una comprensión individual del mensaje; es una producción conjunta. Quien escucha es coautora de quien habla y quien habla también se debe a la escucha”.

Estos relatos constituyen entonces un gran tejido creativo, una red de producción de significados, de sentido, propia de las mujeres, red que se basó en la metodología del habla y de la escucha, principalmente.

Las entrevistadas no son estereotipos, ni personajes inventados por mí. Son mujeres reales que, al reconocerles autoridad y mediación, se abrieron a esta investigación de manera generosa para dar su testimonio de libertad.

Me interesó todo el proceso de estas entrevistas, no sólo el resultado del cuestionario, sino todo lo que ocurrió desde el momento en que les planteé hacerles la entrevista. Todo se convirtió en método de indagación. Desde el entusiasmo de unas hasta la negativa de otras, o la promesa incumplida de otras de hacer “en algún momento” la entrevista. Esto último me dio indicios de lo difícil que es para muchas mujeres en mi país, todavía, tratar el tema de la libertad, aunque aspiran ser libres, según ellas mismas afirman. Pero, encontré, en muchos casos, que es una bandera falsa, un *construtio narratio*, un discurso externo que no admite ni la experiencia ni la práctica de libertad. Al menos, esa fue mi primera impresión. Habría que ahondar más en esto, pero en principio me queda claro que hay todavía una importante reticencia a hablar de libertad en las mujeres de mi sociedad, en especial entre las profesionales con carreras exitosas.

Las palabras de las entrevistadas, de las que se atrevieron a hablar, están transcritas sin cambios, tal cual fueron expresadas por ellas. Al final, mi comentario.

La petición fue la siguiente:

“Estoy haciendo un trabajo sobre la libertad femenina y necesito ayuda de ustedes. Hice un pequeño cuestionario que les invito a responder con toda sinceridad, y con toda libertad en cuanto a su extensión.

No voy a poner sus nombres.

Las respuestas serán parte de los resultados de mi investigación.

Lo único es que estoy sobre tiempo, así que les agradecería mucho no tardarse.

Muchas gracias de antemano”.

Cuestionario:

- 1.¿Qué es para ti la libertad femenina?
- 2.¿Cómo la vives?
- 3.¿La practicas o la idealizas?
4. Cuéntame cómo llegaste a esa conciencia de libertad (o no libertad)
- 5.¿Cómo experimentaste tu libertad como joven?
- 6.¿Cómo ser libre en presencia de la madre? ¿hay una contradicción en esto?
- 7.¿Qué te hubiera gustado que hiciera tu madre con su libertad femenina?

Relato 1: Ama de casa, casada, con escaso ejercicio de su profesión de investigadora y crítica literaria. Tres hijos adultos. Su pasión es la lectura. Lloró con el cuestionario. Dijo haber recordado mucho a su madre y a su padre y haberse emocionado con este recuerdo.

1. ¿Qué es para ti la libertad femenina?

Diría en principio que ya el hecho de vivir implica atadura. Atadura a la existencia como tal. En este sentido la única libertad es la muerte. Pero como existo me voy a ajustar a lo que en mi vida podría llamarse libertad.

2. ¿Cómo la vives?

La libertad para mí es autodeterminación. En mi caso mi autodeterminación de ser mujer. ¿Cómo la vivo? Tal vez sólo en la expresión de mi feminidad y básicamente a nivel de pensamiento como único lugar donde podemos abrir y cerrar puertas a nuestro antojo.

3. ¿La practicas o la idealizas?

La libertad tiene que ver con partir de mí, con mis actos volitivos, y por ello con mi posibilidad de elegir, de moverme o de hacer algo que deseo. La practico en parte porque la convivencia o el vivir en sociedad limita todo lo anterior. La libertad en lo social viene dado por el entrecomillado del Estado de Derecho y sus leyes justas, en una máxima de espacios libres donde toda restricción se limite a no dañar al prójimo.

4. Cuéntame cómo llegaste a esa conciencia de libertad (o no libertad)

Digamos que considerando que existo, llegué, más que a la conciencia de la libertad, a una teorización sobre el libre albedrío inculcado por la religión católica de mis padres, quienes me decían que Dios nos había dado libertad para actuar y decidir y que según mi manera de ejercerla pues Él me juzgaría.

5. ¿Cómo experimentaste tu libertad como joven?

Como joven la experimenté con bastantes restricciones (libertad con restricciones suena a una contradicción) por parte de mis padres. Pero hoy día les concedo el beneficio de que toda prohibición o límite tenía una causa moral ajustada a sus principios que realmente hoy admiro.

6. ¿Cómo ser libre en presencia de la madre? ¿hay una contradicción en esto?

Ser libre en presencia de mi madre, jamás. Me ajustaba al orden imperante de la casa tomando en cuenta que básicamente ella fue el centro. Sin embargo, confieso que, por lo menos, hablaba con cierta libertad de los temas de la época, la escogencia de carrera, la salida nocturna y, por supuesto, de religión, tema por el que siempre me pregunté si es que era atea. Dejé de ir en familia a Misa y sólo asistía a ella cuando me provocaba.

7. ¿Qué te hubiera gustado que hiciera tu madre con su libertad femenina?

Me hubiera gustado que mi madre se hubiera instruido más, pero desde mi libertad de pensamiento hoy la admiro. No creo que se haya interrogado mucho sobre su libertad como concepto para su práctica, porque a fin de cuentas su libertad fue vivir como vivió, amando a mi padre.

Y ahora que los recuerda a los dos, caen lágrimas libremente sobre mi rostro.

Relato 2: Periodista, trabaja como directora de un centro de estudios de psicología, allí se encarga de las comunicaciones, organiza cursos, talleres y seminarios; también hace administración y gerencia. Es madre de una hija grande que no vive en el país. Es creativa en artes plásticas.

1. ¿Qué es para ti la libertad femenina?

Para mí la libertad femenina hoy día, después de tantos logros de inclusión en la sociedad venezolana y tener derechos consolidados como votar, trabajar, estudiar, liderar, alcanzar grandes posiciones en diversas áreas del saber, está la libertad de la mujer de pensar, sentir, hablar y decidir ser lo que quiere ser o alcanzar en la vida

En el aspecto psicológico está la libertad, el tomar conciencia o no de muchos pasajes o caminos de nuestro viaje por la vida.

2. ¿Cómo la vives?

Bueno, la libertad de disponer de mi tiempo como quiero, vivir con lo que tengo en la actualidad a mis “cincuenta.com”. Después de haber vivido diferentes etapas en mi vida, hoy puedo decir que entiendo y trato de disfrutar tanto lo material como lo espiritual, lo creativo, las cosas nuevas que aprendo cada día de cómo soy, porque ésta es otra parte del cuento, a veces quieres pero no puedes por la edad y la salud.

3. ¿La practicas o la idealizas?

En tiempo pasado y presente, practiqué y practico. Ejercí y ejerzo mi libertad de decidir, estudiar, trabajar, pintar, cocinar, diseñar, administrar, viajar, comunicar, y en ese recorrido por la vida aceptarme en un buen porcentaje, porque nunca terminamos de conocernos ni saber qué nuevas experiencias tenga que vivir. Cada edad tiene sus retos de libertad, a veces pensé que no tenía salida pero la tenía. Hoy día tengo la libertad de acostarme muy tarde y lo disfruto.

4. Cuéntame cómo llegaste a esa conciencia de libertad (o no libertad)

En algunos aspectos se dio naturalmente y en otras fue producto de la reflexión después de vivencias personales. Eso seguirá porque uno no termina de conocerse. Libertad de liberarse de pensamientos, conductas y malos recuerdos y eso es un gran avance en la libertad de mi vida.

Es importante destacar que estos pensamientos se ubican en un país como Venezuela entre los años 70, 80, 90 y 2000, pero de allí a la actualidad he experimentado, como muchas venezolanas, que mi libertad como ciudadana no la siento y cada día se agrava más (este no sentirla²). Aquellos tiempos de mi adolescencia, juventud y madurez ya no existen y este aspecto político-social arroja cada día valores diferentes y discordantes.

4 ¿Cómo experimentaste tu libertad como joven?

Cuando joven, me tomó enfrentar la libertad en una etapa de post divorcio de mis padres y junto a ello, el dolor, la inestabilidad, el desgarramiento de sentimientos, y llegaron las “hormonas madrinas” y disfruté la libertad de estudiar, “bonchar”³, amar, tener novio, ser mujer por primera vez, transgresión para la época por la que me enfrenté a mi madre, y después, casarme, graduarme de periodista, parir, ser mamá, ama de casa, amiga

² Estas palabras fueron agregadas por la autora

³ Ir a fiestas

de mucha gente, trabajadora ejecutiva. Y también tuve la libertad de divorciarme dos veces...

¡No me imagino viviendo como una musulmana!

5 ¿Cómo ser libre en presencia de la madre? ¿Hay una contradicción en esto?

Depende del tipo de madre que hayas tenido, si es del tipo de mamá como la mía, pues siempre me confrontó, recuerdo cuando me peleó el primer novio fuertemente (más vale, le hubiese hecho caso), pero también fue amiga y me guió en el camino y al final aceptó mi decisión. El punto de partida es que me separé de mamá y me arranqué a vivir mi viaje heroico femenino. Mi madre fue también mi amiga y me apoyó en muchas etapas tristes y alegres de mi vida y fue una abuela maravillosa.

6 ¿Qué te hubiera gustado que hiciera tu madre con su libertad femenina?

Me habría gustado que mi mamá hubiese tenido las mismas oportunidades que tuve yo para estudiar con el apoyo de una familia, de rehacer su vida después del divorcio, de amar sin cuatro muchachos atrás, jodiendo. Me habría gustado que terminara su carrera de psicólogo, tener un analista y entender que perder el sueño era una posibilidad de crecimiento, pero no pudo.

Es todo

Relato 3: Mujer joven, casada, un hijo pequeño, licenciada en Letras, tiene un Blog en el que escribe poesía.

La libertad femenina me refiere a ser lo que uno quiere ser. En este caso como el ejercicio de escribir es libre, pues recuerdo a Emily Brontë, a Teresa de la Parra, a Lady Di, a Benazir Bhutto. Y refiriéndome a mi ámbito personal, pues sí creo en la libertad. Tengo la libertad de hacer lo que quiero. Estudié lo que creí es mi pasión, me casé a temprana edad, porque desde niña así lo visualicé en mi psique, tal cual con la persona que vi a mis nueve años.

Puedo permitirme ser como soy, escribir, vivir, trabajar en otros oficios, si así lo quiero o no. Para muchos podría interpretarse como baja autoestima, ese hecho de no devengar un sueldo fijo o preocuparse por problemas que resuelve el dinero. Pero créeme se han resuelto de otro modo.

La libertad femenina es un concepto psíquico, quienes entran en contacto en inicio son los padres con respecto a sus hijas hembras. Ellos definen algunos límites y normas para el desarrollo psíquico. Así que si tenemos una familia matriarcal, existirán patrones de conducta: solteras, madres solteras, tías criando hijos ajenos. Hermanas criando a otras u otras hermanas.

Los roles siempre predominaban en los espacios. Fui la hija mayor y por ende debía tener ese sello de herencia en los ámbitos del hogar, mientras mis padres trabajaban. Así en esa vida, mi libertad radicaba en dedicarme a leer, a escribir cartas y estudiar música, ballet, y viajar. Debía salir bien en mis estudios (estar en el cuadro de honor, obtener calificaciones excelentes) para tener otros privilegios innatos, como tener el libro que quería leer, el juguete o alguna ropa. Siempre se pedía mi opinión en aspectos

gastronómicos, una vez que aprendí a cocinar. Y así como otros eventos, aprendí a ser adulta a temprana edad. Me manejaba sola en mi ciudad natal para ir al colegio, hacer las compras habituales. Lo único que no podía hacer sola era ir de viaje.

La libertad como joven la experimenté porque vivía sola (cuando tenía quince años) con mi hermana menor. Y gracias a eso, puedo afirmar que por primera vez tuve autorización de mis padres para recibir yo misma mis notas escolares de bachillerato en un colegio de monjas de mi ciudad natal, evento que a la Madre superiora le causó estupor. Pero al ser mi padre psiquiatra y mi madre maestra de educación primaria y diversificada, no podía tener objeción coherente ante tal muestra de libertad personal. En un evento realmente sencillo, llevé un disco de Soledad Bravo (canción “María”) para celebrar la semana de la virgen. Luego de ser escuchada, la Madre superiora, me miró y dijo: “no, bachiller González, su música no se adapta al valor que debemos rendir a la madre del Señor”. Yo sencillamente la miré desconcertada, jajajaja. Yo gozaba de tener una biblioteca de muchos temas literarios o de música y objetarlos no estaba concebido en mi diccionario emocional.

Entre otros aspectos de libertad, manejaba ya mi cuenta en el banco y pagaba puntuales mis gastos y deberes domésticos del hogar. Así me enfrenté a eso que llamaban “libertad femenina”, sin manual de instrucciones. (Todo eso sucedió en mi ciudad natal Barinas).

Ya entrada en mi vida universitaria la dinámica familiar cambió y emprendí un viaje sin regreso. Así que puedo decir que mi frecuencia de visitas familiares es como un “Café de museo”. Es una visita puntual de celebración, comensales y una charla parsimónica sobre lo que aún no se ha hecho.

Tengo una madrastra, que se adapta al concepto de madre psíquica, y una madre biológica que podría configurarse como una “reina sin corona”. A veces recuerdo el mito de Medea. (Aquí me ubicó en el tema de la libertad en presencia de la madre). Con referente a mis abuelas, desconocí psíquicamente cómo eran. No expresaban emociones con respecto a sus lazos sanguíneos. Un ser diplomáticas es una puntual descripción. Ellas sufrieron de enfermedades terminales, ya finalizando sus vidas.

Pienso sobre la libertad. Los roles de madre e hija son siempre problemáticos, o la hija se convierte en la sombra (de lo que pudo ser su madre o es ajena a su ser de madre). O se usa la máscara y ambas están en constante juego de ser confidentes. Y aun así, sospecho que al ser madre, cada rol tiene un espacio temporal y psíquico que se enseña en la infancia, luego en la juventud se define la incertidumbre. En mi caso, comprendí tempranamente, que mi rol de hija era uno ante ambos padres y otro cuando convivía sólo al resguardo de mi madre. O cuando vivía sola con mi hermana menor. Son los padres los que enseñan como tatuaje eso que ellos creen es hábito y es irreductible no parecerse a lo que conocen, porque el miedo se los carcome.

Mi madre, con mi libertad femenina, tuvo que aceptar su reino lleno de cenicientas, o damas de honor, o amistades de mesa, como suelo calificar esos vínculos cuando hablo de mis lazos sanguíneos. No vi en ella ninguna objeción ni aprobación, pues hasta en los temas

más íntimos (hablar de sexo, de amor o casarse), debían ser definidos como objetos de medicina, eran investigados en libros o en charlas con mi padre (era el médico de la familia).

¿Qué me hubiese gustado que hiciera mi madre con su libertad femenina? Admito que hizo buen uso de ella: estudiaba, trabajaba, salía a divertirse en todos los ámbitos. No supo hacer balance en lo que era ser madre, con su calor de hogar, creo que jamás le fue enseñado. (Su madre era absolutamente cerrada, callada, y criaba a ocho hijos, no hubo lazo de vínculo psíquico. Mi abuela era veinte años más joven que su esposo). Y mi madre, como mujer, no utilizó sus estudios para estudiarse a sí misma en su interioridad de género. Tal como lo sé yo ahora, no. No se ubicó en su rol de madre al menos con su hija mayor, no. Se casó porque venía yo en camino. Por muchos títulos académicos, esas trampas genealógicas, como bien lo relata Alejandro Jodorowsky, siguen siendo trampas que si no resolvemos, están perpetuadas como neurosis terminales.

Con respecto a mi hermana menor, es un vínculo distinto. Entre ellas son un clan de amistad y apego. Yo las reconozco, las respeto. Hago de ello un té, porque igual siento con respecto a mi hermana, de la que fui una mamá (psíquica) en sus primeros años de vida y luego cuando me casé. Su verdadera madre cumplió el rol que le pertenecía. Ya ambas hijas estamos casadas y somos madres, yo de un varón y ella de una niña. Hemos de criar a ambos géneros.

Relato 4: Mujer costarricense con muchos años de residencia en Venezuela. Casada con venezolano. Hijos grandes, algunos viviendo fuera del país. Ha publicado poemarios y libros de cuentos.

1.¿Qué es para ti la libertad femenina?

Es una forma de ver la vida y vivirla en el ámbito familiar, social y laboral, dejando de lado muchos convencionalismos y tradiciones enraizadas en nuestro cerebro desde que éramos niñas.

2.¿Cómo la vives?

No es fácil, vivimos en una sociedad patriarcal y todavía no es posible liberarse totalmente de esos cánones tradicionales que están pegados con argamasa. A pesar de eso me he abierto espacios en los cuales no cedo. Administro un poco el tiempo y el espacio. Pero no me puedo considerar una mujer totalmente libre. La familia te ata, eres tú misma la que en razón de “la responsabilidad”, ya sea como madre, como hija o como compañera no puedes desentenderte de ciertas obligaciones, llamadas “femeninas”.

3.¿La practicas o la idealizas?

De acuerdo a la respuesta anterior podría decir que en parte la idealizo y deseo que las mujeres en el futuro sean más libres, en parte la practico.

4.Cuéntame cómo llegaste a esa conciencia de libertad (o no libertad)

He leído mucho sobre los derechos de la mujer y sobre el feminismo y admiro la labor de las pioneras a quienes les tocó duro. Me refiero a aquellas mujeres que lucharon por el voto, por la igualdad laboral, contra el mito de la mujer bella y tonta. En este sentido

recomiendo la lectura de la ensayista costarricense Yadira Calvo quien ha sido la abanderada en estos asuntos en este país. Este año logró el premio Magón, el premio mayor en literatura en Costa Rica. Muy merecido.

5.¿Cómo experimentaste tu libertad como joven?

Tuve muy pocas libertades ya que provengo de una familia muy estructurada, tradicional en algunos aspectos y además soy hija única.

Estudí Ciencias en la universidad pues las que estudiaban Letras eran “unas muchachas bastante locas”, o sea, libres. Además muchas madres no enviaban a sus hijas a la universidad porque “había hombres”. Te estoy hablando del año 1964. Tuve la suerte de poder estudiar en la universidad, pero mi padre me recriminaba porque llegaba del laboratorio de química a las ocho de la noche. Luego se suavizó el asunto, pero siempre fui muy controlada.

6.¿Cómo ser libre en presencia de la madre? ¿hay una contradicción en esto?

Es muy difícil. En presencia tanto del padre como de la madre. Eres cuestionada por ser “diferente” o decir cosas “inconvenientes” . Siempre existe un control en lo que dices o haces. Pero ahí también una se abre espacio de cualquier manera.

7.¿Qué te hubiera gustado que hiciera tu madre con su libertad femenina?

Mi madre nació en 1921 y creo que logró mucho, estudió hasta tercer año de bachillerato. Ha sido una mujer que dentro de su medio la puedo considerar algo libre. Mi padre fue una persona de un carácter muy fuerte, pero ella también y nunca se doblegó. Al principio no podía ni salir de la casa sola, luego lo hizo, iba a clases de bordado, cocina y otras. No fue totalmente sumisa, alzaba la voz y bien fuerte.

Venimos de una familia de mujeres fuertes. Mi abuela materna fue una de las primeras mujeres que se divorció y casó por civil en Costa Rica, por eso fue repudiada por su familia. Además estudió enfermería y obstetricia a finales de los años veinte, cosa que, según decía su familia, sólo hacían las mujeres “de baja condición”. Ella hizo su mundo sin importarle las críticas, hasta cambió de religión porque allí sí le aceptaban el divorcio. Ejerció su profesión de partera por muchos años e inventó un remedio para “el sistema reproductor femenino” que fue muy famoso, se vendía mucho.

En resumen creo que mi madre hizo lo que tenía que hacer. Quiso divorciarse varias veces pero la presión familiar y social no se lo permitió, tampoco el factor económico, no tenía independencia en ese sentido.

Relato 5: Mujer en sus cuarenta, escritora, soltera, en la búsqueda de pareja, escribió una novela y un poemario, da clases.

1.¿Qué es para ti la libertad femenina?

Poder elegir, por ejemplo, qué estudiar, con quién y cuándo casarse, tener o no hijos.

2. ¿Cómo la vives?

Buscando ser quien toma las decisiones.

3. ¿La practicas o la idealizas?

La practico defendiendo mi derecho a decidir.

4. Cuéntame cómo llegaste a esa conciencia de libertad (o no libertad)

Sólo me he propuesto valerme por mí misma.

5. ¿Cómo experimentaste tu libertad como joven?

Siendo joven se tiene menos experiencia y cuesta saber qué decisión tomar.

6. ¿Cómo ser libre en presencia de la madre? ¿hay una contradicción en esto?

La madre se empeña en marcar un camino conocido porque tiene mucho miedo que le pase algo a su hija y se debe romper con ese miedo.

7. ¿Qué te hubiera gustado que hiciera tu madre con su libertad femenina?

Mi madre fue muy valiente para tomar sus propias decisiones, estudió medicina, ejerció y se casó con el hombre al que amaba. Creo que es un ejemplo para mí.

Comentario

Estos relatos tienen en común un significado de libertad condicionada a otro, en términos de relación con otro, con otra.

Las entrevistadas dejaron en mí muchas imágenes y reflexiones que acompaño ahora con mis palabras. Fueron “interlocutoras-espejo” de lo que yo no veía en mi propio relato de libertad.

Como a varias de ellas, a mí también me habría gustado que mi madre hubiera tenido más educación, que hubiera tenido maestras y maestros más evolucionados, como me ha tocado a mí tenerlos. Hago mías las palabras de Laura Mora Cabello de Alba citando a la filósofa (2009): “Como decía María Zambrano, tener maestro es tener ante quién preguntarse”.

Me habría gustado que mi madre hubiera tenido “ante quien preguntarse”, que la duda y no la certeza hubiera sido su norte para buscar el conocimiento, tal como quisieron las entrevistadas. Me habría gustado que hubiera utilizado las herramientas del aprendizaje para indagar más sobre sí misma, para encontrar sentido y simbólico en su vida.

Al contrario que mis entrevistadas, pienso que mi madre hizo mucho con sus limitados estudios: era lectora voraz y le interesó siempre la política. Inclusive llegó a ocupar un cargo de Concejal en la Asamblea Legislativa de la ciudad donde vivía, con apoyo de una coalición de partidos de izquierda y del partido demócrata cristiano. Eso fue pocos años antes de su muerte. Entonces, por primera vez vi a mi madre actuar en el “gran mundo público”, de acuerdo Hannah Arendt, en vez de permanecer en el ámbito de lo privado. ¿Fue feliz? No lo sé. Se veía feliz y hasta se mandó a hacer unas fotos con su banda oficial el día de la proclamación, fotos que nos regaló a sus hijas con mucho orgullo. Siento que entonces se deslindó de nosotras, que nos dejó en manos de nosotras mismas, para experimentar nuestras propias vivencias. Al alcanzar ella una alta meta, transformó su

mirada sobre nosotras. No nos vio más como niñas incapaces de hacer sus vidas, obligadas a actuar de acuerdo a sus deseos. Eso ocurrió poco tiempo antes de su muerte y, por lo tanto, no tuve oportunidad de hablarlo con ella, de recibir su confirmación de esto.

Otro aspecto que me acercó a la experiencia de las entrevistadas fue la referencia al cariño por su hermana que hizo una de ellas. Volví a ver la entrevista a María Zambrano (Málaga, 1904-Madrid, 1991) que le hizo Pilar Trenas, en el programa "Muy personal" (1988) de Televisión Española, y me detuve en un comentario cuando Pilar le preguntó qué había representado para su vida el haber tenido una hermana, Araceli, y la respuesta de la filósofa fue algo que me conmovió:

“¡Ahh! Es mi hermana. Mi hermana única. Al escribir la Antígona, yo fui al termino griego "autoadelfos" porque adelfa significa hermana. Y curiosamente, en los jardines de Segovia, se plantaban siempre dos, una roja y otra blanca. Mi hermana, mi hermana única. ¡Cómo la esperé! Porque nació cuando yo tenía siete años. Qué alegría tener una hermana; con ella descubrí lo que es más importante en mi vida, la hermandad, la hermandad, más que la libertad, la hermandad”. (Zambrano, 1988)

María anteponía la “hermandad” a la libertad. Anteponía ese sentimiento de empatía y de amor relacional primario y completamente azaroso al deseo de libertad. Asimismo, en mi reflexión, en mi relato, y en el relato de una de las entrevistadas, observé la gran relación con la figura de la hermana, reconociendo el aporte de una hermana al aprendizaje del amor y de la tolerancia entre mujeres, ese aspecto de las relaciones que nos hace ser solidarias unas con las otras. El ser “hermana”, se ha hecho en mí sinónimo de ser amiga, término intercambiable, mutable, adaptable a muchas relaciones que establezco con otras mujeres.

Como ya lo he explicado, la libertad no es solitaria, es “libertad con”. Una hermana enseña a querer a la otra que está junto a uno, a encontrar puntos de acuerdo cuando se entra en conflicto; enseña también a formar relaciones de complicidad ante el poder, a transgredir juntas los límites de ese poder. Las hermanas, y amigas-hermanas, son personas que nos dan mediación, y a las que una concede autoridad, tal como a una madre.

Mi madre murió, pero dejó dos sustitutas muy buenas, dos hermanas, cercanas y queridas. Con ellas he vivido lo mío y lo de ellas y viceversa. En la hermandad se enredan los hilos de lo que es propio y de lo que es ajeno. A veces he puesto mi amistad en mujeres que se han marchado de mi vida, se han alejado, o yo de ellas. Pienso que fueron relaciones que se dieron por circunstancias de la vida, “hermanas pasajeras”. A esas las he dejado marchar en busca de sus propios caminos, que no me incluyen. En cambio, a “mis hermanas de vida” les reconozco su espacio, su derecho a irrumpir en mi existencia, les reconozco autoridad, y las integro en mi vida como ellas hacen conmigo en las suyas, igual como hago con mis hermanas naturales.

Otro aspecto que me remitió a mi propia experiencia fue la referencia a su abuela que hizo una de las entrevistadas. Pienso en esa figura tan importante en la vida como si fuera un regalo, un presente que nos llega para acompañarnos, querernos y allanar el camino. Yo tuve dos abuelas, la madre de mi padre, más entrada en su vejez y, por tanto,

más lejana a mí, y la madre de mi madre, con la que desarrollé una relación de gran cariño y respeto. Las percibí como mujeres valientes, como una de mis entrevistadas que se refirió a la suya como una mujer valiente y de avanzada, mujeres fuertes que supieron sacar adelante a su familia y que incluyeron el producir y el crear como parte de la vida, sin deslindes entre el trabajo y la existencia, seguras de que esa opción era muy válida.

De la madre de mi madre, creo haber heredado la capacidad de organizarme, de ser estratega, de adelantarme a las circunstancias y, también, de resistencia. Al acordarme de mi abuela materna me siento llena de fortaleza. Asimismo, debo a ella mi necesidad de belleza, de crear y mantener belleza y arte a mi alrededor. Esa “mamá grande” me acercó al fluir armónico de la vida, me hizo aprender a superar mis miedos, mi angustia, junto a ella sentía que nunca nada malo pasaría y que todos los males se quedaban en las telenovelas que veíamos juntas por las noches. Con ella experimenté la libertad de una vida simple, sin complicaciones, que olía a jabones de aroma, a caramelos de menta y a helechos y orquídeas en el patio.

Mis interlocutoras en este trabajo, me abrieron su alma y yo pude conducir el hilo de la voz hacia aquellos aspectos significativos para mí, por eso les agradezco.

Viene la nostalgia y, con ella la necesidad de cerrar. Cae la tarde y la luz menguada acentúa la revelación. Decía María Zambrano que “la luz solar del mediodía, en su intento de acapararlo todo, oculta lo que no es alcanzado con sus rayos, lo que no puede ser estructurado en su sistema, pero una luz más tenue y sin pretensiones permite que los objetos se revelen”. (Zambrano, 1988)

Se me revelan las imágenes, las cercanas, las lejanas. Las mujeres que me precedieron se asoman a mi computadora a mirar este trabajo y, me imagino, asienten. Mi madre, mis abuelas, las escritoras, las artistas, las profesoras, las pensadoras. Las de hoy, las de aquí, de Caracas, las de allá, de Barcelona, de Italia, maestras que me han permitido entablar un diálogo conmigo misma, con mis entrevistadas y con todas las mujeres que han sido importantes en mi vida. Todas han sido maestras que me han enseñado a observar con detenimiento el ser mujer, mi diferencia, y a asumir mi experiencia y mi práctica de libertad como el relato de una vida plena y no de una vida de sufrimiento, de carencia. Son mujeres que me han permitido ver el total de la existencia ligada a un sentido particular y único, a un orden simbólico, el de la madre, a una lengua, que es la materna, a un mundo, que es el que habito, y que, de paso, me habita, a una existencia no ajena sino entretejida en las historias de todas las mujeres que me precedieron, y de las que me acompañan hoy, mi relato de vida.

La aguja descansa, el tejido se ha hecho. La trama se formó de mi historia, pero también de otras historias de mujeres que pertenecen a mi genealogía, directa, indirecta, cercana, o mucho más antigua, de historias de mujeres del pasado que viven en cada una de nosotras, mujeres que nos habitan.

No hay que destejer nada, como hacía Penélope cada noche. Al contrario. Habría que seguir tejiendo un manto más amplio con todas las experiencias por venir y las muchas

del pasado y del presente en las que seguiré indagando y estando en absoluto deseo de practicar mi libertad.

La libertad de estas mujeres, junto con la mía, viene a mí, como la tarde caliente de este trópico, la ráfaga de lluvia que alebrestó aún más el calor y las guacamayas azules que anidan en el chaguaramo enfrente de la casa de mi vecina y que, a esta hora, salen a hacer su último paseo sobre la ciudad. Ellas vuelan, seguras en su vuelo, ajenas a los autos y a los edificios que se interponen en su camino. Saben volar alto y superar los obstáculos, los golpes fuertes de viento, los cambios de temperatura. Son pájaros de selva que han aprendido a vivir en las restricciones de la ciudad, sin amargarse, como muchas de nosotras hacemos. Yo reconozco esa práctica de libertad, ese desear y ser libres, sin necesidad de caer en antinomias ni conflictos.

Me quedo mirando el cielo, del mismo azul, azul azul, de las alas extendidas de las guacamayas, confiada en que mi vuelo sea también lo suficientemente alto para no chocar con nada, como ellas y que, si pasara, si chocara y me hiciera daño, tener la templanza suficiente para volver a comenzar abriendo nuevas rutas de vuelo, segura de que mi libertad es un don que me ha llegado con mi ser mujer y con el que conviviré de por vida.

Bibliografía

- Librería de mujeres de Milán. (2004). *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*. Madrid: J.C. Producción.
- Cigarini, L. (1995). *Libertad femenina y norma*. (DUODA, Ed.) Obtenido de DUODA Revista d'estudis feministes num 8, 1995:
<http://www.raco.cat/index.php/DUODA/article/view/61869/89316>
- Franchi, D. (2011). *Revista Duoda Número 41*. Recuperado el 19 de 04 de 2013, de La creatividad que pasea entre el arte y la vida:
<http://www.raco.cat/index.php/DUODA/search/results?query=donatella+franchi&searchField=>
- Jourdan, C. (2013). *La política de lo simbólico*. Recuperado el 06 de 2013, de
<http://campusvirtual.ub.edu/course/view.php?id=38969>
- Mora Cabello de Alba, L. (2009). *DUODA. Estudis de la Diferència Sexual, núm 37-2009*.

- Muraro, L. (1992). Sobre la autoridad femenina. En F. B. (comp.), *Filosofía y género. Identidades femeninas*. Pamplona: Pamiela.
- Muraro, L. (2004). *Enseñar la libertad*. Obtenido de DUODA, Revista d'estudis feministes num 26-2004: <http://www.raco.cat/index.php/DUODA/article/view/62832/91161>
- Muraro, L. (2010). *La verdad de las mujeres*. Obtenido de DUODA. Estudis de la Diferència Sexual, número 38-2010: <http://www.raco.cat/index.php/DUODA/article/view/201938/269644>
- Rivera Garretas, M. M. (1997). *El fraude de la igualdad*. Barcelona: Planeta.
- Rivera Garretas, M. M. (2010). *La madre al servicio de la libertad*. Obtenido de DUODA. Estudis de la Diferència Sexual, núm 38-2010: <http://www.raco.cat/index.php/DUODA/article/view/202054/270367>
- Rivera Garretas, M. M. (03 de 02 de 2012). *Signos de libertad femenina. (En diálogo con la historia y la política masculinas)*. Recuperado el 01 de 03 de 2013, de Biblioteca Virtual de investigación Duoda: <http://www.ub.edu/duoda/bvid/obras/Duoda.text.2012.02.0001.html>
- Rivera Garretas, M. M. (01 de 2013). *El miedo a escribir*. Recuperado el 2013 de 01, de Duoda.
- Sartori, D. (2004). Libertad "con". La orientación de las relaciones. *DUODA Revista d'Estudis Feministes núm 26*.
- Zambrano, M. (1988). *Biblioteca virtual de investigación Duoda*. Obtenido de Entrevista a María Zambrano (1904-1991), a cargo de Pilar Trenas, emitida en el programa "Muy personal" de Televisión Española: <http://www.ub.edu/duoda/bvid/obras/Duoda.text.2012.01.0004.html>